IMPRESIONES DE VIAGE.

# IMPRESIONES DE VIAGE.

EL CORRICOLO.

### POR ALEJANDRO DUMAS.

### INTRODUCCION

ro como no hay una igualdad completa, es- uno hay para quince.» plicaremos la diferencia que existe entre el corricolo y el calessino.

El corricolo es una especie de tilburi destinado en su origen à contener una persona y á ser arrastrado por un caballo: actualmente à quince personas.

Y no se crea que va al paso como las carretas de bueyes de los reyes francos, o al trote como el cabriole de una administracion, levantando el polvo de sus cenizas.

nero, v esto es todo lo que hace. ¿Qué dios, como á otro Tytiro, le ha concedido este destienen su estrella.

El corricolo es sinónimo de calessino, pe- l de lengua alguna que diga: «Donde hay para

Sin embargo, asi sucede con el corricolo: lhasta tal punto la civilizacion desarrollada ha tergiversado el destino primitivo de cada cosal

Cómo y en cuánto tiempo se ha hecho esta aglomeracion sucesiva de individuos en el se enganchan dos caballos y conduce de doce corricolo, es lo imposible de determinar con precision. Contentémonos con decir cómo se verifica.

En primer lugar, y casi siempre, un fraile grueso está sentado en medio y forma el cenno; va al galope sostenido; y el carro de Plu- tro de la aglomeracion humana que el corriton que llevaba á Proserpina por las orillas colo lleva como uno de esos torbellinos de del Himere no iba mas veloz que el corricolo almas que el Dante vió siguiendo un gran esque surca los muelles de Nápoles sin dete-tandarte en el primer aposento del inflernerse, caminando sobre un suelo de lava y no. Lleva sobre una de sus rodillas alguna fresca nodriza de Aversa ó de Nettuno, y so-Sin embargo, en realidad no tira mas que bre la otra alguna linda aldeana de Banli ó de uno de los caballos, el de varas. El otro, que Prócida; á ambos lados del fraile entre las se llama el bilancino, y que está enganchado á ruedas y la caja, se colocan de pie los mariun lado, salta, caracolea, escita á su compa- dos de aquellas damas. Detrás del fraile se levanta sobre la punta de los pies el propietario ó el conductor del vehículo, teniendo en canso? Es la casualidad, es la Providencia, es la mano izquierda la brida y en la derecha la la fatalidad: los caballos, como los hombres, larga fusta con que mantiene en una constante é igual velocidad el paso de sus dos caba-Hemos dicho que este tilburi destinado á llos. Detrás de este se agrupan á su vez, y á una persona, conduce ordinariamente doce o la manera de lacayos de casa grande, dos ó quince: esto exige una esplicacion como com- tres lazzaroni que suben y bajan, se suceden, prendemos perfectamente. Un antiguo prover- se renuevan, sin pensar jamás en pedirles bio francés dice: «Donde hay para uno hay una propina en cambio del servicio prestado. para dos.» Pero no conozco ningun proverbio Sobre las dos varas están sentados dos mucha-

chuelos recogidos en el camino de Tierra del | cada uno á mas ó menos distancia, segun su Greco ó de Pouzzoles, ciceroni supernumera- mayor ó menor gravedad. Pero todos se reporios de las antigüedades de Herculano y de nen al punto, se olvida su accidente para no Pompeya, guias prófugos de las antigüedades ocuparse mas que del fraile: le palpan, le de Cumas y de Baia. En fin, por debajo del eje vuelven, le revuelven, le levantan, le pregundel carruage, entre las dos ruedas, dentro de tan. Si está herido, todo el mundo se detiene, una red de gruesas mallas, y que va dando uno le lleva, otro le sostiene, otro le mima, sacudidas de alto á bajo, á lo largo y á lo an- otro le acuesta y otro le vela. El corricolo está cho, se remueve alguna cosa informe que rie, colocado en un rincon del patio, los caballos que llora, que grita, que gruñe, que se queja. que canta, que se burla, y que es imposible distinguir en medio del polvo que levantan los pies de los caballos: son tres ó cuatro mu- salvo, nadie tiene nada; vuélvese á subir en su chachos que no se sabe á quien pertenecen, que se ignora á donde van, que viven no se sabe cómo, que están alli sin que se sepa cuando han venido, y que permanecen alli no se sabe por qué.

Ahora poned debajo unos de otros, al fraile, aldeana, maridos, conductor, lazzaroni, muchachuelos y muchachos; sumad el todo, cuenta. Total, quince personas.

Sucede algunas veces que la fantástica máquina, cargada como va, pasa sobre una pie-dra y vuelca: entonces todo el cargamento del mas que nadie; y es el Speronare carruage se esparce por el camino, lanzado

entran en la cuadra; por aquel dia el viage ha concluido: se llora, se lamenta, se suplica. Pero si por el contrario, el fraile está sano y sitio, la nodriza y la aldeana ocupan de nuevo cada una el suyo; todos se colocan otra vez en sus diversos asientos, y con solo el grito escitador del conductor, el corricolo emprende su intrépida marcha, rápida como el viento é infatigable como el tiempo.

He aqui lo que es el corricolo.

¿Pero cómo el nombre de un carruage ha añadid la nodriza olvidada, y tendreis vuestra llegado á ser el título de una obra? Esto es lo que el lector verá en el segundo capítulo.

Ademas tenemos antecedente de este gé-

## PARTE PRIMERA.

### OSMIN Y ZAIDA.

Nos habiamos apeado en la fonda de la Victoria. El señor Martin Zir es el tipo del perfecto fondista italiano; hombre de gusto, hombre de imaginacion, anticuario distinguido, aficionado á pinturas, entusiasta por las curio-No lo sé. Dios lo es, porque lo es.

Es verdad que la fonda de la Victoria está situada en una disposición que encanta: si señor Martin Zir eran los mejores amigos del abris una ventana veis á Chiaja, la Villa-Reale, mundo; ya no se separaban. El que veia preel Paussilipo; abrís otra, veis el golfo, y á la sentarse al uno, esperaba ver inmediatamente estremidad del golfo, semejante á un navio aparecer al otro. Orestes y Pilades no eran eternamente anclado, la azulada y poética Ca- mas inseparables; Damon y Pythias no se prea; abris la tercera, y veis à Santa Lucia con tenian mas afecto. Esto duró cuatro ó cinco sus mollenari, sus productos de mar, su gri- meses. Durante este tiempo se dieron muchas teria diaria, sus iluminaciones de todas las fiestas á su alteza. En una de estas fiestas en noches.

tan agradables perspectivas, no son piezas; preguntó al príncipe de Tricasia, yerno del son galerías de pinturas, gabinetes de curio- ministro de Negocios estrangeros, cómo siensidades, almacenes llenos de bote en bote.

Yo creo que lo que decide al señor Martin bailar. Zir à recibir en su casa à los estrangeros, es en primer lugar el deseo de hacerles ver los clase de diversiones, porque era muy impretesoros que posee; ademas aloja y da alimento a los huéspedes de un modo especial. Al tér-como él la comprendia, bien entendida. Solo mino de su permanencia en la Victoria, se que tenia un modo singularisimo de manifestrata del gasto total, es verdad: este total as- tar su desprecio y su admiracion. Segun la ciende á cien escudos, á veinte y cinco lui- demacracion ó la obesidad de las personas, ses, à mil francos, ó á mas ó á menos, tam- decia: bien es verdad; pero es porque ellos piden su -La señora tal no vale tres pesos. La secuenta. Si no la piden, creo que el señor Mar- nora tal vale mas de mil ducados. tin Zir, estasiado en la contemplacion de un! Un dia se supo con admiracion que el se-

cuadro, en la apreciacion de una porcelana, 6 en descifrar un autógrafo, se olvidaria de enviársela.

Asi cuando el dey espulsado de Argel, pasó á Nápoles. Ilevando sus tesoros y su harem, enterado de la reputacion del señor Martin Zir, se hizo conducir directamente à la fonda de la Victoria, cuyos tres pisos superiores alquiló; es decir. el tercero, el cuarto y las boardillas.

El tercero era para sus oficiales y su servidumbre.

El cuarto para él y sus tesoros. Las boardillas eran para su harem.

La llegada del dev fué una gran fortuna sidades, coleccionador de autógrafos, el señor para el señor Martin Zir, no como pudiera Martin Zir lo es todo, escepto fondista. Lo cual creerse por el dinero que el argelino iba à no impide que la fonda de la Victoria sea la dejar de gasto en la fonda, sino por los tesomejor fonda de Nápoles. ¿En qué consiste esto? ros de armas, trages y alhajas que llevaba consigo.

Al cabo de ocho dias, Hussein-Pachá y el la casa del principe de Cassaro, el dey, ha-Las habitaciones desde donde se disfrutan biendo visto bailar un cotillon vertiginoso, do tan rico se tomaba él mismo el trabajo de

El dey era sumamente aficionado á esta

nor Martin Zir y Hussein-Pachá acababan de j descompadrar. He aqui con que motivo habia sobrevenido esta desavenencia.

Una mañana el cocinero de Hussein-Pachá, un hermoso negro de Nubia, tan oscuro como tinta y reluciente como si estuviese barnizado: una mañana, digo, el cocinero, de Hussein-Pachá habia bajado á la cocina y habia pedido el cuchillo mas grande que hubiese en la fonda.

El repostero le habia dado una especie de cuchillo de mechar de diez y ocho pulgadas de longitud, flexible como un florete y afilado como una navaja de afeitar. El negro habia mirado el instrumento moviendo la cabeza, y luego habia subido á su tercer piso.

Un instante despues, volvió à bajar y entregó el mechador al repostero diciendo:

-¡Mas grande, mas grande!

Entonces el repostero abrió todos sus cajones y encontrando una cuchilla de que ét acababa de usar, enseño dos filas de dientes mismo no se servia sino en las grandes oca- blancos como perlas. siones, la habia entregado à su colega. Este habia examinado la cuchilla con la misma atencion con que habia examinado el mechador, y despues de responder con un signo de cabeza que queria decir: «¡Hum! aun no es es- Zaida. to lo que necesitaba, pero se aproxima, » habia subido otra vez-como antes.

Cinco minutos despues, bajó de nuevo el negro, y dando la cuchilla al gefe de cocina:

-Mas grande todavía, le dijo.

-¿Y para qué diablo teneis necesidad de un cuchillo mas grande que este? preguntó el

-Yo tener necesidad de él, respondió el negro flemáticamente.

-¿Pero qué vais à hacer?

-Para yo cortar la cabeza á Osmin.

-¡Cómo! esclamó el repostero, ¿para cortar la cabeza á Osmin?

-Para cortar la cabeza á Osmin, respondió segunda vez el negro.

- A Osmin el gefe de los eunucos de su alteza?

teza.

-A Osmin á quien tanto ama el dey?

-A Osmin á quien tanto ama el dey.

-iPero estais loco, querido! si cortais la cabeza á Osmin, su alteza se pondrá furioso.

-Su alteza lo ha mandado á mí. - ¡Ah! entonces eso es diferente.

-Dadme, pues, otro cuchillo, replicó el negro, que volvia á su idea con la persistencia de la obediencia pasiva.

-: Pero qué ha hecho Osmin? preguntó el repostero.

- Dadme otro cuchillo, mas grande, mas

-Antes desearia saber que es lo que ha

-Dadme otro cuchillo, mas grande, mas grande, todavia mas grande!

-iPues bien! te daré tu cuchillo, si me dices lo que ha hecho Osmin.

-Ha dejado hacer un agujero en la pared.

- En qué pared? -En la pared del harem.

-¿Y qué mas?

-La pared era la del cuarto de Zaida.

- La favorita de su alteza?

-La favorita de su alteza. -XY bien?

-¡Y bien! un hombre ha entrado en la habitacion de Zaida.

-: Diablo!

-Dadme, pues, un cuchillo grande, grande, grande, para cortar la cabeza á Osmin. -Dispensadme; mas ¿qué harán á Zaida?

-Su alteza ir à pasear por el golfo con un saco, Zaida estár en este saco, su alteza arrojar el saco al mar y... buenas noches, Zaida.

Y el negro riendo por la chanzoneta que

-¿Pero, cuándo será eso? replicó el gefe.

-¿Cuándo el qué? preguntó el negro. -¿Guándo se arrojará al mar á Zaida?

-Hoy. Empezar por Osmin, concluir por

- Y eres tú quien se ha encargado de la

-Su alteza ha dado la órden á mí, dijo el

negro irguiéndose con orgullo. -Pero esa es comision del verdugo y no

-Su alteza no haber tenido tiempo de traer su verdugo, y ha traido cocinero conmigo. Dadme, pues, un gran cuchillo para cortar la cabeza á Osmin.

-Está bien, está bien, interrumpió el gefe de cocina; te se va á buscar tu gran cuchillo. Espérame aqui.

-Yo esperaros, dijo el negro.

El repostero fué corriendo á la habitacion del señor Martin Zir, y le comunicó la pretension del cocinero de su alteza.

El señor Martin Zir fué con igual presteza -A Osmin el gefe de los ennucos de su al- a casa de su escelencia el gefe de policia, y puso en su conocimiento lo que pasaba en su fonda.

Su escelencia hizo enganchar los caballos á su carruage y fué á casa del dey.

Encontró à su alteza medio tendido en un divan, con la espalda apoyada en la pared, fumando latakic en una pipa, con una pierna debajo del cuerpo y la otra estendida, haciéndose rascar la planta del pie por un icoglan y abanicar por dos esclavos.

El superintendente de policía hizo los tres saludos de costumbre y el dey inclinó su ca-

-Alteza, dijo su escelencia, soy el superintendente de la policia.

-Te conozco, respondió el dey.

-Entonces vuestra alteza, sabra el motivo que me trac.

-No; pero no importa, sé bien venido.

-Vengo para impedir que vuestra alteza

cometa un crimen.

-¡Un crimen! ¿Y cuál? dijo el dey quitándose la pipa de su boca y mirando á su interlocutor con la espresion de la mas profunda admiracion.

-¿Cuál? ¡Vuestra alteza lo pregunta! esclamó el superintendente. ¿Vuestra alteza no tiene la intencion de hacer cortar la cabeza á 0s-

-Cortar la cabeza á Osmin no es un crimen, replicó el dey.

-¿Vuestra alteza no tiene la intencion de arrojar á Zaida al mar?

-Arrojar á Zaida al mar no es un crimen, replicó tambien el dev.

-¡Cómo! ¿No es un crimen arrojar á Zaida al mar y cortar la cabeza à Osmin?

-He comprado á Osmin por quinientas piastras, y á Zaida por mil zequies, como compré esta pipa en cien ducados.

- Y bien! preguntó el superintendente, ¿á donde quiere ir à parar vuestra alteza?

-A que como esta pipa me pertenece pucdo hacerla diez pedazos, veinte, cincuenta, si me conviene, y nadie puede decirme nada. Y el pachá hizo añicos su pipa, cuyos pedazos arrojó por la habitacion.

-Está bien respecto á una pipa, dijo el superintendente; pero en cuanto à Osmin, en cuanto á Zaida.....

-Valen menos que una pipa, dijo gravemente el dev.

-- ¡Cómo menos que una pipa! ¡Un hombre menos que una pipa! ¡Una muger menos que una pipa!

-Osmin no es un hombre, Zaida no es una muger: son esclavos. Haré cortar la cabeza á Osmin; haré arrojar á Zaida al mar.

-- No, dijo su escelencia.

-¡Cómo no! esclamó el pachá con un gesto de amenaza.

-- No, repitió el superintendente, no, à lo menos en Nápoles.

-¿Giavur, dijo el dey, sabes como me llamo? -Os llamais Hussein-Pachá.

-iPero cristiano! esclamó el dey con una cólera creciente; ¿sabes quién soy? -Sois el ex-dey de Argel, y yo el super-

intendente actual de la policia de Nápoles.

-¿Y eso qué quiere decir? preguntó el

-Quiere decir que voy à enviaros preso si sois imprudente, ¿lo entendeis, buen hombre? respondió el superintendente con la mayor

-: Preso! murmuró el dey dejándose caer en su divan.

-Preso, dijo el superintendente.

-Está bien, replicó Hussein. Esta noche

-Vuestra alteza es libre como el aire, respondio el superintendente.

-Soy feliz, dijo el dey.

-Mas, sin embargo, con una condicion.

-¿Cuál?

-One vuestra alteza me jurarà por el profeta que no sucederá ninguna desgracia á Osmin ni á Zaida.

-Osmin y Zaida me pertenecen, dijo el dey, y haré de ellos lo que me agrade.

-Entonces vuestra alteza no partira.

-¡Cómo! ¿no partiré?

-No, al menos antes de haberme entregado á Osmin y Zaida.

- Jamás! esclamó el dey.

-Entonces los prenderé, dijo el superintendente.

-¿Los prendereis? ¿Prendereis mi eunuco mi esclava?

-Al poner el pie en tierra de Nápoles, vuestra esclava y vuestro ennuco se han convertido en libres. No saldreis de Nápoles sino á condicion de que los dos culpables serán entregados á la justicia del rev.

-Y si no quiero entregároslos, ¿quién me

impedirá partir? -Yo.

-¿Vos?

Y el pachá llevó la mano á su puñal; el superintendente le cogió el brazo por la mu-

-Venid aqui, le dijo conduciéndole hácia la ventana; mirad á la calle. ¿Qué veis á la puerta de la fonda?

-Un peloton de gendarmeria.

-¿Sabeis lo que espera el gefe que la manda? Que le haga una señal para conduciros á la prision.

-¡A la prision yo! ¡Quisiera ver eso!

-¿Quereis verlo?

Su escelencia hizo una señal: un instante despues se oyó resonar en la escalera el ruido de dos fuertes botas armadas de espuelas. Casi al punto se abrió la puerta y el gefe de gendarmes apareció en el dintel con la mano derecha en su sombrero y la izquierda en la costura esterior de su pantalon.

-Gennaro, le dijo el superintendente de policia, si os doy la órden de detener al señor y conducirle à una prision, ¿encontrariais para ejecutarlo alguna dificultad?

-Ninguna, escelencia.

-¿Sabeis que el señor se llama Hussein-

-No lo sabia.

-¿Y que el señor es nada menos que el dey de Argel?

-¿Qué es eso del dey de Argel?

-Ya lo veis, dijo el superintendente.

-¡Diablo! murmuró el dey.

-¿Hay que hacerlo? preguntó Gennaro saando unas esposas de su bolsillo y adelantándose hácia Hussein-Pachá, quien viéndole dar un paso hácia adelante, dió por su parte otro bácia atrás.

-No, no hay necesidad, dijo el superinten-

dente. Su alteza será muy prudente. Solo si | buscad por la fonda á un cierto Osmin y á una sein habia fletado un pequeño buque; dos cierta Zaida, y conducidlos á ambos á la pre-

hombre eu mi harem?

-No veis un hombre aqui, respondió el superintendente; es un gefe de gendarmería. -No importa. ¡No tendrá mas que dejar

abierta la puerta!

-Tenemos un medio. Haced que le entreguen á Osmin y Zaida.

-¿Y serán castigados? preguntó el dey. -Segun todo el rigor de nuestras leyes, respondió el superintendente. .

-Me lo prometeis?

-0s lo juro.

-Entonces, dijo el dey, hay que conten- na clase de penas. tarse con acceder à lo que quereis, puesto que no hay otro remedio.

-En buen hora, dijo el superintendente; bien sabia yo que no érais tan malo como aparentais serlo.

Hussein-Pachá dió dos palmadas; un esclavo abrió una puerta oculta en la pared.

-Haced bajar à Osmin y Zaida, dijo el dey. El esclavo cruzó las manos sobre el pecho, inclinó la cabeza y se alejó sin responder una serrallo, y Zaida dama de mostrador. palabra. Un instante despues volvió á presentarse con los culpables.

El eunuco era una bolita de carne, grueso, grasiento, redondo, con pies y manos de mutambien.

Zaida era una circasiana de ojos pintados con el cool, de dientes ennegrecidos con betel, de uñas sonrosadas por el henne.

los ojos del dey y llevó la mano á su cangiar. Osmin palideció, Zaida sonrió.

El superintendente se colocó entre el pachá y los culpables.

-Haced lo que he mandado, dijo volviéndose hácia Gennaro.

Gennaro se adelantó hácia Osmin y Zaida, les puso á ambos las esposas, y se los llevó.

En el momento en que abandonaban la habitacion con el gefe de los gendarmes, Hussein exhaló un suspiro que parecia mas bien un rugido.

El superintendente de policía se dirigió à

-Ahora, dijo volviéndose hácia el dey, vuestra alteza es libre de partir cuando guste.

-¡En este mismo instante! esclamó Huscomo el vuestro!

-¡Buen viage! dijo el superintendente. -¡Id al diablo! dijo Hussein:

Aun no habia pasado una hora, y ya Hushoras despues habia hecho conducir alli sus nugeres y tesoros. En la misma noche se em--¡Cómo, cómo! dijo el dey; ¿entrará ese barcó con su servidumbre, y á las doce se daba á la vela, maldiciendo aquel pais de esclavos donde no tenia uno libertad para cortar el pescuezo á su eunuco y ahogar á su muger.

Al dia siguiente, el superintendente hizo comparecer á su presencia á los dos culpables y sufrir un interrogatorio.

Osmin fué convicto de haber dormido cuando hubiera debido velar, y Zaida de haber velado cuando hubiera debido dormir.

Pero como en el código napolitano no estaban previstos aquellos dos crimenes de lesa alteza argelina, no podia aplicarseles ningu-

En consecuencia, Osmin y Zaida, con gran admiracion suya, fueron puestos en libertad al dia siguiente del en que el dey habia dejado á Nápoles.

Pero como no sabian ni el uno ni el otro qué habian de hacer no teniendo ni fortuna, ni profesion, se vieron obligados á crearse cada uno una industria.

Osmin se hizo comerciante de pastillas del

En cuanto al dey de Argel, habia salido de Nápoles con intencion de irse á Inglaterra, pais de donde habia oido decir que se gozaba al menos de la libertad de vender á su muger, ger, y el conjunto de su figura femenino a falta del derecho de ahogarla: pero se sintió indispuesto durante la travesia, y se vió obligado á detenerse en Liorna, donde, como es sabido, tuvo muy buena muerte, falleciendo, sin embargo, sin haber perdonado al se-Al ver á Hussein-Pachá, el eunuco cayó de nor Martin Zir, lo cual hubiera tenido grandes rodillas, y Zaida levantó la cabeza. Chispearon consecuencias para un cristiano, pero que no tiene importancia alguna para un turco.

### LOS CABALLOS ESPECTROS.

Habia sido yo recomendado al señor Marla ventana, vió à los dos prisioneros salir de tin Zir como artista: había admirado su galela fonda, y acompañados por su escolta, des- ría de pinturas, habia alabado su gabinete de aparecer por un estremo de la calle de Chia- curiosidades y aumentado su coleccion de autógrafos. De lo cual resultó que el señor Martin Zir la primera vez que por alli pasé, por mas breve que fuese mi estancia, me habia cobrado mucha aficion; y la prueba era, sein; ¡en este mismo instante! ¡No permane- como en otra parte se ha visto, que se habia ceré un momento mas en un pais tan bárbaro desprendido por hacerme un favor, de su cocinero Cama, cuya historia he referido (véase el Speronare) y que no tenia otra falta que ser appassionatto de Roland, y no poder sufrir la mar sin marearse, lo cual era causa de que en tierra hiciese pocas proezas en la cocina, y de que en la mar no hiciera ninguna.

Asi, pues, el señor Martin Zir nos vió con gran placer, despues de tres meses de ausencia, durante los que el rumor de nuestra muerte habia llegado hasta él, apearnos á la puerta de su fonda.

Como su galería se habia aumentado con algunos lienzos, como su gabinete se habia enriquecido con algunas curiosidades, como á su coleccion de autógrafos habian añadido algunas firmas, me fué preciso ante todo recorrer la galería, visitar el gabinete y hojear los autógrafos.

Despues de lo cual le supliqué me diese una habitacion.

Sin embargo, no se trataba de perder mi tiempo en descansar. Estaba en Nápoles, es verdad; pero estaba alli bajo un nombre de contrabando; y como de un dia á otro podia descubrir el gobierno napolitano mi incógnito y suplicarme fuese à ver si continuaba permaneciendo en Roma su embajador, era necesario ver lo mas pronto posible la ciudad de

Pero Nápoles, aparte de sus cercanías, se compone de tres calles, á donde se va siempre, y de quinientas á donde no se va jamás.

Estas tres calles se llaman la de la Chiaja, la de Toledo y la de Forcella.

Las otras quinientas no tienen nombre. Es la obra de Dédalo; es el laberinto de Creta, sin el Minotauro, mas con los lazzaroni.

Hay tres modos de recorrer la ciudad de Nápoles.

A pie, en corricolo y en calesa. A pie se pasa por todas partes. En corricolo se pasa por casi todas.

En calesa no se pasa mas que por las calles de Chiaja, de Toledo y de Forcella.

No trataba de ir á pie. A pie se ven demasiadas cosas.

No trataba de ir en calesa. En calesa no se ven bastantes.

Quedaba el corricolo, término medio, justa mitad, eslabon intermediario que reunia los dos estremos.

Me fijé, pues, en el corricolo.

Hecha mi eleccion, llamé al señor Martin Zir. Subió al punto.

-Mi querido huésped, le dije, acabo de decidir como mas prudente, visitar la ciudad de Nápoles en corricolo.

corricolo es nuestro carruage nacional, cuyo origen se remonta á la mas alta antigüedad. Es la biga de los romanos, y veo con sumo placer que apreciais el corricolo.

-En el mas alto grado, mi querido huésped. Solo si desearia saber por cuánto tiempo à lo menos se alquila un corricolo.

-No se alquila un corricolo por un mes, me respondió el señor Martin.

-Entonces por una semana.

-No se alquila el corricolo por semana.

-Pues bien, por dia.

-No se alquila el corricolo por dia. -¿Cómo, pues, se alquila el corricolo?

-Se monta en él cuando para y se dice: Por un carlino.» Mientras dura el carlino, os lleva el cochero; gastado el carlino, os apea. Quereis volver à comenzar? decis: «Por otro carlino;» el corricolo vuelve à partir, y asi sucesivamente.

-¿Pero por ese carlino se va donde uno

-No, se va donde el caballo quiere ir. El corricolo es como los globos, todavía no se ha encontrado el medio de darle direccion.

-Pero entonces, ¿por qué se va en corricolo?

-Por el placer de ir en él.

-¡Cómo! es por placer por lo que esos desventurados se hacinan en número de quince en un carruage donde dos van incómodos!

-No es por otra cosa.

- Es original!

-Es como lo digo.

-Pero y si yo propusiese á un propietario de corricolo alquilarle su berlina por mes, por semana ó por dia?

-Se negaria.

-¿Por qué?

-Porque no es costumbre.

-El la adquiriria.

-En Nápoles no se adquieren costumbres nuevas; se conservan las antiguas costumbres que se tienen.

-¿Lo creeis asi?

-Estoy seguro de ello.

-¡Diablo! ¡diablo! tenia otra idea formada del corricolo; eso me obligará á mi pesar á renunciar á él,

-No renuncieis.

-¿Y cómo quereis que no la haga, si no se puede alquilar los corricolos ni por mes, ni por semana, ni por dia?

-Comprad un corricolo.

-Es que no está hecho todo con comprar el corricolo, es preciso comprar con él los

-Comprad los caballos con él.

-Pero me costará los ojos de la cara. -No.

-¿Cuánto me costará, pues?

-Voy á deciroslo.

Y el señor Martin, sin tomarse el trabajo -¡Magnifico! dijo el señor Martin Zir. El de coger papel y pluma, dirigió la vista al techo y calculó de memoria.

-Eso os costara, replicó: el corricolo, diez ducados; cada caballo, treinta carlinos; los arreos, una pistola; total ochenta francos de Francia.

-¡Eso es maravilloso! ¡Y por diez ducados endré un corricolo!

-Magnifico.